

GANADORES

Calderilla en mi monedero, de Tusitala.

Cuando usted me habla me mira a los ojos. Después aún espera a que yo termine de hablar y al contestarme, lo vuelve a hacer mirándome a los ojos. Sin cambiar el canal de la televisión, sin hojear ninguna revista, sin repasar la correspondencia acumulada. Le basta conversar conmigo.

En otro tiempo hubiera pensado que estas atenciones no son más que calderilla en el monedero de los afectos. Pero ahora que el resto del mundo vive como si dispusiera de menos tiempo que yo, teniendo mucho más; ahora que todo mi horizonte es el pedazo de vida que está enmarcado por esta misma ventana que me separa de ella; ahora que mi cordón umbilical con el mundo se bifurca entre el cordón del teléfono y el cable de la televisión; ahora que malvivo de la pensión, nada es calderilla en mi monedero.

¿Y a quién ofendo si le llamo cada semana? Si me esfuerzo por vestirme con ropas que un día lejano alguien dijo que me sentaban bien. Si me peino con cuidado, si me perfumo y rebusco en el pastillero una sonrisa polvorienta que se quedó allí olvidada. ¿A quién ofendo si le espero? Si me siento cerca de la puerta para no demorarme hasta que llego con pasos torpes a abrirle. Si miro y miro por la ventana hasta que aparece. Si mi corazón también se pone de pie y se empina con saltos como asomándose a ver, desde el balcón de mis pupilas, si ya llega usted de una buena vez.

Cuando le veo aparecer, no tengo que buscar más, porque de pronto encuentro aquella sonrisa que perdí, encuentro las ganas que tenía de conversar, encuentro el buen humor y salgo a recibirle haciendo malabares con todos ellos.

Cuando llegan mis hijos a casa, traen olor a prisa. Mientras les pregunto cómo están y les cuento si la vecina se cayó o me llamó aquella prima, sus dedos ágiles revisan la correspondencia a su nombre, destapan ollas para ver que hice de comer y aprovechan en el móvil para hacer todas aquellas llamadas que tenían pendientes. Como si escucharme no fuera suficiente.

Sin embargo cuando usted llega viene envuelto en olor a naranjas y despliega atenciones. Me mira, me sonrío, me pregunta: ¿Cómo está hoy Josefa? Así lo dice, con mi nombre al final. Con familiaridad, con cercanía. Y espera hasta que le contesto para seguir conversando. Y hasta que yo no le digo "Pase, pase déjeme por favor todo en la cocina que ahora ya lo colocaré yo sin prisas en la nevera", usted no deja de mirarme y preguntarme y esperar atento mis palabras, sin hacer nada más que escucharme.

Por eso le he dicho a la enfermera hoy, que me hiciera el favor de no darme cita el martes. Si el médico y sobre todo este corazón mío aguanta hasta el martes, aguantará un día más. Que los martes son domingos en mi calendario. El martes es el día que yo revivo, el día que viene usted, que viene el frutero.

Por eso le estoy escribiendo. Le estoy escribiendo este pedido no sé si de amor, bueno sí por qué no decirlo, de amor. Este pedido en forma de kilos de plátanos o de tomates, de acelgas o un ramito de perejil, aunque no necesite nada. Porque cómo usted me atiende, señor

frutero, cómo usted me saluda, y me pregunta, y después me trata, ya no siento que lo haga nadie más. Necesito verle cada semana, necesito su aire fresco y atento, su olor a naranjas envolviéndome.

“Pues en un ratito estoy ahí Josefa”. “Muy bien. Me sentaré entonces ya cerca de la puerta a esperarle”. Nos diremos cuando yo le llame por teléfono para leerle el pedido. Y ahí estaré, ahí esperándole, porque cuando usted venga y me hable me mirará a los ojos, sí, y no sabe cuánto es eso para mí.

1 kilo de plátanos, 1 kilo de tomates, 2 kilos de kiwis, otro de chirimoyas... y nada más, ah sí, y cuarto y mitad de cariño. Eso le diría, sí eso mismo: tráigame cuarto y mitad de cariño. Pero solo leeré en voz alta lo que está escrito: Plátanos, tomates, chirimoyas... y nada más; ah sí, qué cabeza tengo, sí todo eso y...

...cuarto y mitad de cariño, diré en voz muy baja mientras cuelgo el teléfono.

Bossanova junto a ti, de Rosario García Aldea.

Enlazados nuestros cuerpos después de una tarde de pasión otoñal, tapándonos con la sábana para que el sudor se empape a la vez que escuchamos bossanova, llegó la pregunta que no esperaba. ¿Cómo fue tu primera vez?

Nunca había salido la conversación y no estaba preparada. Ante mis “déjalo estar”, ahora no podía evadir dar una explicación por su insistencia a través de sus mimos y conducta cariñosa. Me acurruque en su pecho y me retrotraje a mi época del instituto; yo, capitana del equipo de baloncesto y él, portero de futbol; nos decían que hacíamos buena pareja. Siempre estábamos juntos en nuestros ratos libres, nos besábamos a tornillo y sobábamos nuestros cuerpos todas las tardes en parques, cines... sitios donde encontrábamos intimidad. Una tarde en la que mis padres y hermanos no estaban en casa, nosotros aprovechamos en la intimidad de mi habitación, con música de Pink Floyd, para descubrir desnudos nuestros cuerpos. Ninguno de los dos lo habíamos planificado, simplemente surgió.

No teníamos preservativos, yo le verbalicé mis miedos a que me doliera romper el himen y él, muy seguro, me dijo que para que no me dolería tanto y, para no quedar embarazada, me la metería “cuarto y mitad”, como lo dijo con aquel aplomo, como el que para un buen chute, estuve de acuerdo. Recuerdo que fue muy tierno, pero a mí me dolió y no me quedé embarazada. Una vez pasada esa primera vez, planificamos mejor nuestros encuentros, comprando preservativos, y descubrimos el placer del sexo en toda su plenitud. Tiempos muy felices, solo con las responsabilidades de estudiar y ganar partidos.

-Ahora entiendo, -me dijo-, la charla sobre sexualidad que diste a tus hijos aquella tarde de primavera, haciéndoles responsables de planificar con preservativos sus locuras de juventud.

-Pero aquella tarde, hice hincapié yo, les intenté transmitir sensibilidad, inteligencia, libertad, autodisciplina, veracidad, afecto y simpatía, gusto del juego, desarrollo de la fantasía y el goce de la belleza. Pienso que el amor es una experiencia en la que todo nuestro ser se renueva y se refresca. Al decir esto, me puse sobre los codos y mirando a sus ojos,- asintió. Quiero que mis hijos vivan sin tabúes, continúe, transmitirles valores como el respeto y la tolerancia. La liberación del impulso sexual se da en la adolescencia.

- Tú quieres mucho a tus hijos, y eso se nota en la educación que absorben de ti, dijo. ¿Tú me sigues queriendo?

Me hice la interesante dejando la respuesta en un silencio y, besando su boca, dije que yo había hecho el amor esa tarde. Y continué, como dice Bertrand Russel: “Nadie es enteramente libre, y nadie es enteramente esclavo. En la medida en que el hombre tiene libertad, necesita una moral personal para guiar su conducta”.

-Tengo miedo de la fatiga emocional en esta vida moderna,-me susurró abrazándome.

- La incertidumbre del para siempre me lleva a vivir el momento presente con más ahínco. ---Aseveré-. Nada de lo que nos ocurra tiene una importancia cósmica. La felicidad fundamental depende, sobre todo, de lo que pudiéramos llamar un interés amistoso por las personas y las cosas.

- Yo te tengo un cariño en lo que podríamos llamar posesivo; no te quiero perder -dijo aflojando sus brazos y llevándolos hacia mi cintura-.

Continuó hablándome amorosamente, ¿si tú te sintieras desdeñada, cómo reaccionarías? A lo cual yo respondí que los que afrontan la vida con una actitud de seguridad son más felices, pero reconocí que, en este momento, sería toda una sorpresa desagradable y seguramente revolucionaría mi mundo. El fracaso de mis esperanzas puramente personales puede ser inevitable.

Como queriendo conjurar los malos augurios pasamos a acariciarnos y besarnos; los “te quiero” y “te necesito” lo inundaron todo momentáneamente. Había algo de sobrevaloración y excitación que nos enfrascaba en el momento presente. La felicidad era esto.

-Me interesa el mundo, las peripecias que nos ocurren diariamente y las aventuras que nos aguardan, creo dije yo, que junto con estos momentos de felicidad son los pilares de mi vida.---Nos queda mucho por vivir, me aseguró y repentinamente me preguntó la hora, pues mis hijos podían venir en cualquier momento ya, me hizo ver.

Hicimos la cama, nos vestimos y nos pusimos un descafeinado en el salón.

-¿Cuándo les vamos a contar a tus hijos nuestra relación?

-Nosotras para ellos somos las vecinas que nos queremos como hermanas, es nuestro secreto y nadie lo debe saber, -me puse tajante. Ellos te consideran de la familia y está hablado que con eso nos debemos conformar. No quiero tener que darles explicaciones y meterles en su azarosa cabecita que el amor es cosa de personas y no de sexos. Ya lo descubrirán ellos solitos.

¿En qué estará pensando el gato?, de Piedad Milicua González.

“¿En qué estará pensando el gato?”, me pregunto, mientras la veo observarme fijamente hecha un ovillo en el sillón más cercano a la ventana.

¿Habrà algo detrás de mí que haya llamado su atención? Me giro, y siguiendo la dirección de su mirada estudio atentamente el trozo de pared que está detrás de mí. No hay nada, o por lo menos, nada que yo pueda apreciar. No obstante, esta no sería la primera vez que ella ve algo que para mí resulta invisible. En más de una ocasión, mientras ronronea tranquila sobre mis piernas, se tensa de repente, alza la cabeza y fija sus enormes ojos de gato en un punto de la habitación en el que parece que hay algo que la perturba. ¿Un insecto? ¿Un espíritu? Nunca consigo resolver el misterio, puesto que yo no lo veo y ella, tras unos minutos de intensa vigilancia, vuelve a ronronear tranquila en mi regazo.

¿Querrá algo de mí? Repaso la última vez que le he puesto comida, hace solo un par de horas. Lo recuerdo porque me he dado cuenta de que mamá ha vuelto a abrir dos paquetes iguales de galletitas, así que para llenar el comedero he tenido que echar de uno un cuarto y mitad del otro. Tal como es su costumbre, ha venido a la cocina en cuanto ha oído la comida, ha acercado su nariz rosa al cuenco y se ha marchado para volver a los veinte minutos a llenarse la panza. Nunca come nada más haber llenado el plato. Costumbres de esta gata.

Si no es por comida, ¿tendrá sed? No, no es así como me reclama que le abra el grifo del bidet del baño para poder dar unos tragos bien fresquitos. Da igual en que parte de la casa esté, que siempre oigo sus maullidos exigentes hasta que me acerco al grifo y lo abro para que el agua empiece a fluir. Hay que ver cómo me controla este gato.

Intento concentrarme en otra cosa, en el libro que estoy leyendo, pero las palabras que lo forman no consiguen distraerme de su mirada. Me giro y me enfrento a ella. Sus enormes ojos azules me dejan hipnotizada. Sus párpados están completamente abiertos y la luz que entra por las ventanas ha empequeñecido sus pupilas dejando espacio a las diferentes tonalidades de azul que conforman sus iris. Gracias a esta claridad, su pelo blanco también parece más brillante haciendo destacar su diminuta nariz rosada que, por contraste, también parece de un tono más claro.

Todavía recuerdo su primera vez andando por el suelo de esta casa. Con apenas un mes de vida sus patitas debían acostumbrarse a lo resbaladizo de un suelo de parqué, sin embargo, sus andares eran firmes y sin un ápice de cobardía recorrió cada centímetro de su nuevo hogar para descubrir sus colores, y sus olores. Cuatro años

después de haber llegado a nuestras vidas, ya no es una bola de pelo blanca que requiere una atención constante, sino una gata esbelta e inteligente que siempre parece saber más de lo que demuestra. Es parte de la familia, y se preocupa en demostrárnoslo cada día cuando es ella la primera en elegir el lado de la cama o se adelanta al despertador cuando cree que ya has dormido suficiente.

Dejo atrás mis ensoñaciones y vuelvo a la realidad, para darme cuenta de que su mirada sigue fija en mí. De repente se levanta, lentamente, pero sin perder un ápice de su gracilidad. Salta del sillón, sin apartar la vista de mí, y de un ágil salto se sube al sofá donde estoy sentada. Se acerca, despacio, hasta mi cara y muerde mi nariz antes de salir corriendo como un rayo blanco que se esconde en la esquina del pasillo.

Sonrí, dejo el libro y me levanto. Misterio resuelto: solo quería jugar.